

Predicciones sobre la sociedad laboral

José Miguel Candia

El debate reconoce antecedentes tan lejanos como las máquinas de vapor, la aparición de los primeros telares o la instalación de las líneas de montaje. La discusión acerca del impacto que el progreso tecnológico tiene sobre la productividad y, en particular, sobre la ocupación, fue abordada casi en los inicios de la Revolución Industrial. Desde entonces los economistas y sociólogos se dividen entre «tecno-pesimistas» y «tecno-optimistas». Los primeros están convencidos de que el progreso tecnológico tiene la facultad de destruir más puestos de trabajo que los que crea; los segundos insisten en que las innovaciones en el terreno de la ciencia y la tecnología tienen el atributo de generar formas ocupacionales alternas. Estos nuevos puestos compensan la pérdida de los empleos convencionales que desaparecen con la incorporación de equipos sofisticados y con la adopción de esquemas flexibles de organización del trabajo.

André Gorz: *Miserias del presente. Riqueza de lo posible*, Paidós, Buenos Aires, 1998, 155 páginas.

Como muchas grandes controversias, ésta también permanece irresuelta. El problema que atormenta a dirigentes políticos y científicos sociales puede resumirse en esta interrogante: si el desarrollo de las fuerzas productivas se debate entre los efectos encontrados de una misma tendencia que presenta por un lado una faz creativa, que orienta el curso de la historia hacia el pleno dominio de la naturaleza y de la materia, pero que por el otro reduce las opciones de trabajo al sustituir el papel del hombre por tec-

JOSÉ MIGUEL CANDIA: sociólogo, egresado de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional Autónoma de México; colaborador en diversos periódicos y en varias revistas especializadas; investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la UNAM, México.

nologías complejas, ¿cuánto puede durar el tiempo de «compensación» para que aquellos que han sido desplazados o buscan un primer empleo puedan ocuparse? ¿Existe una alternativa real que permita encontrar en otro sector de la economía una plaza equivalente a la que se perdió o a la que ya no pueden ofrecer ni las empresas privadas ni el Estado?

En rigor, parece difícil persuadir a un desempleado de que el puesto de trabajo que perdió le será restituido, algún día, a través de sus hijos o nietos. De todos modos, hay un punto en el que coinciden optimistas y pesimistas: no existe compensación automática e inmediata entre pérdida y generación de opciones de trabajo. El mercado laboral —ese ámbito de compra-venta de la «mercancía que piensa», como lo definieron algunos autores— no opera como un autómatas. La compensación tiene necesidad de intervenciones externas que la propicien y estimulen. En este sentido, son relevantes aquellas que están específicamente orientadas a mejorar el funcionamiento del mercado de trabajo, como la difusión de información y la capacitación y recalificación de la mano de obra de acuerdo con los requisitos que exigen los nuevos paradigmas tecnológicos. No obstante, existe un reconocimiento casi unánime de que la sola agilización de los mecanismos de vinculación entre oferentes y demandantes de fuerza laboral resulta insuficiente para resolver los cuadros más severos de desocupación tecnológica.

En los países industrializados se han planeado otras dos grandes estrategias compensatorias. Una de ellas, más vinculada a los intereses sindicales, es la «redistribución» del trabajo disponible entre ocupados y desempleados reduciendo la duración de la jornada laboral. «Trabajar menos para trabajar todos», fue la consigna que levantaron las centrales obreras europeas a principios de los años 80. A mediados de 1999, la CGT francesa formalizó con las principales dirigencias patronales de su país el establecimiento de la semana laboral de 35 horas. Sin embargo, hasta el momento, no puede decirse que en aquellos países donde se ha intentado aplicarla haya tenido gran éxito.

Más recientemente se promovió otra propuesta estratégica mediante la cual se procuró redistribuir, no el trabajo disponible, sino los costos de producción y los flujos de la demanda. En lo que respecta a los costos se trata de reducir el peso de los impuestos que gravan, de manera particular, el factor trabajo para transferir la carga impositiva al uso de los recursos naturales y posibles daños ambientales.

En cuanto a la demanda, se busca desplazar las inversiones de los sectores en los cuales la producción se obtiene mediante el uso de una base

tecnológica compleja a aquellos en los que el aumento de la productividad se logra mediante el incremento de la fuerza laboral ocupada.

Con intensidad variable y con estrategias operativas cambiantes, según la experiencia nacional que se estudie, las políticas que se describen en los párrafos precedentes fueron aplicadas en distintos países y en casi todos los casos han sido insuficientes para atacar uno de los mayores desafíos que afrontan las economías modernas: el desempleo que castiga a vastas capas de la población en edad de trabajar.

André Gorz afronta el estudio de los temas ocupacionales desde la hipótesis –catastrofista según sus críticos– que sostiene el «fin de la sociedad del trabajo». En el texto que comentamos retoma algunas de las ideas expuestas en un anterior libro (*Adiós al proletariado*, El Viejo Topo, Barcelona, 1981), donde sostiene que la verdadera demanda histórica del movimiento obrero apunta a la abolición del trabajo. Para Gorz, el desarrollo científico-tecnológico es la palanca que posibilitará la generación y distribución masiva de los bienes y servicios que la humanidad requiere para su mantenimiento. El autor polemiza con los pensadores marxistas que afirman que la esencia de la naturaleza humana se define por la capacidad de promover actividades productivas. También discrepa con la idea de que el objetivo final del socialismo es suprimir las actividades laborales como «tareas enajenantes», pero conservando al trabajo como eje articulador de la vida social.

Gorz es más radical en su propuesta. Sugiere la abolición de todo tipo de actividad laboral como paso necesario para lograr la plena implantación del trabajo autónomo. Al desvincular la producción de las exigencias que impone el mercado, sólo las organizaciones autónomas y la cooperación voluntaria tienen sentido y el disfrute del tiempo libre marcará, entonces, el ingreso en el verdadero reino de la libertad. El sujeto social sobre cuyas espaldas descansa una misión histórica de esta magnitud es lo que Gorz define como «no clase»: se trata de personas cuya identidad no se construye a partir de las relaciones de producción sino por su voluntad manifiesta de liberarse de las ataduras del trabajo. La impugnación de la sociedad capitalista cobra verdadero sentido cuando esta «no clase» –heterogénea y alejada de los partidos marxistas tradicionales– emprende la lucha por la desaparición de la actividad laboral.

De esta manera, el autor «pone de cabeza» algunos de los principios teóricos desde los cuales la sociología del trabajo y las principales corrientes de la administración moderna abordan el estudio de las cuestiones ocupacionales. A contrapelo de afirmaciones muy difundidas y acep-

tadas, Gorz sostiene que la flexibilidad laboral y la inestabilidad en el empleo deben ser los puntales que posibiliten la formulación de programas que apunten a liberar a los hombres del yugo del trabajo. En el capítulo 4 —«Salir de la sociedad salarial»— reitera la idea central que anima todo el texto: las economías modernas, no importa su grado de desarrollo, son incapaces de generar opciones de trabajo para millones de desocupados que pueblan el planeta. En este sentido afirma:

A todas luces, el remedio para esta situación no es crear trabajo, sino repartir mejor todo el trabajo socialmente necesario y toda la riqueza socialmente producida. Lo que tendría como consecuencia que lo que el capitalismo ha confundido de manera artificial podría de nuevo ser disociado: el derecho a un ingreso suficiente y estable ya no tendría que depender de la ocupación permanente y estable de un empleo; la necesidad de actuar, de obrar, de ser apreciado por los otros ya no tendría que adoptar la forma de un trabajo encargado y pagado. Este ocuparía cada vez menos lugar en la vida de la sociedad y en la vida de cada uno. En el seno de esta podrían alternar y reemplazarse actividades múltiples, cuya remuneración y rentabilidad ya no serían la condición necesaria ni el fin. *Las relaciones sociales, los lazos de cooperación, el sentido de cada vida serían producidos, principalmente, por esas actividades que no valorizan el capital. El tiempo de trabajo dejaría de ser el tiempo social dominante* (p. 83).

Visto desde nuestra perspectiva regional, la propuesta de Gorz parece casi un escenario de hipótesis elaboradas desde la práctica académica o la formulación de un discurso puramente ideológico. No obstante, creemos que el análisis de este autor, y también con ciertas salvedades, los enfoques que se expresan en la obra de otros exponentes de la teoría del «fin del trabajo» —Jeremy Rifkin, Claus Offe, Viviane Forrester— debe ser entendido como una «aproximación al futuro». El propio Gorz, al anunciar la muerte de la sociedad salarial, adelanta otro de los rasgos que caracterizarán al capitalismo de las próximas décadas:

El desarrollo, en suma, no deberá difundirse fuera de los enclaves, las riquezas de éstos no deberán ser redistribuidas por los Estados-nación. El capitalismo debe poder producir su propia especialidad disociada de la nación: deberá poder amurallarse en «Estados ciudades» y en «villas privadas», como ya se encuentran en Estados Unidos, conducir sus guerras privadas contra las poblaciones convertidas en nómadas y guerreras tras la descomposición de la sociedad (p. 34).

Esta corriente de la sociología laboral ha aportado ciertos elementos predictivos, que resultan útiles para analizar el porvenir de la humanidad a partir de hipótesis de largo plazo. No obstante, pensamos que no logra conformar un marco teórico con la suficiente solidez conceptual, que lo haga válido para estudiar el presente de los mercados de trabajo en América Latina o diseñar políticas de combate al desempleo que resulten eficaces para los países de la región.